

DANTE Y LA IDEA DE LA PAZ UNIVERSAL

Dante Alighieri no fue sólo un gran poeta, sino también un entusiasta partidario de la unidad mundial. Su plena confianza en este ideal de concordia y de paz entre las gentes va ligada en su manera de pensar a una firme convicción del cometido universalista de Roma.

Ninguna discrepancia hay en sus distintas obras, antes bien resplandece una completa uniformidad de criterio, al menos en lo esencial. Sin embargo, cuanto aparece en la *Divina Comedia* como un milagro del arte se halla rigurosamente definido y apoyado con poderosas razones en las obras secundarias, entre las que destaca a tal propósito el tratado de la *Monarquía*.

A juicio de Dante, la *universalis civilitas* del género humano, entendido en su totalidad (*totaliter acceptum*), dimana del mismo fin que Dios le ha señalado de una plena realización o desenvolvimiento de sus facultades mentales en toda su extensión, tanto en la teoría como en la práctica, y que no pueden alcanzar ni el hombre aislado ni los grupos humanos («*nec domus una, nec una vicinia, nec una civitas, nec regnum particulare*»). Los fines propios de estas entidades menores se escalonan en un orden ascendente coincidiendo como en un vértice en la unidad suprema de todo el género humano.

Pero esta comunidad humana, para ser efectiva, necesita, quiérase o no, la unidad de mando, lo que Dante titula *Monarquía* o bien *Imperio*. Función de esa «imperiale maiestade e autoridade» es la de asegurar la paz del mundo, la cual sin una autoridad soberana se encontraría en constante peligro a causa de las continuas discordias surgidas «entre reino y reino».

Dante se refiere con esto a las circunstancias de entonces. Por nuestra parte, y basándonos en la vasta y desoladora experiencia de nuestro tiempo, ¿qué opinar?

Dante apela, pues, a un supremo rector que, gobernando sobre todos los pueblos y sin posibilidad, por consiguiente, de ampliar su zona de competencia, actuara necesariamente con vistas a realizar el fin del que depende la felicidad humana, «la perfección universal y religiosa de las relaciones humanas». En esto consiste precisamente la *pax universalis*.

¿A quién corresponde de derecho esta autoridad soberana? Tan ardua cuestión, que en otros aspectos sigue preocupando a los modernos políticos,

jurisconsultos y filósofos, es resuelta decididamente por Dante del único modo concebible en la ideología de entonces. Roma, afirma, fue elegida por Dios para mandar sobre el mundo y la divina Providencia ha manifestado sus designios a través de múltiples señales, que en sustancia son los milagros de la historia de Roma. El mismo hecho de que Cristo quisiera nacer bajo el dominio imperial de Roma (*sub edicto Romanae Auctoritatis*) significa indudablemente, a su manera de ver, que los cristianos deben aceptar la legitimidad de tal dominio. Que Roma en tiempo de Dante se hallara desplomada y hubiera perdido de hecho su imperio no empece en modo alguno su convicción, coincidente con una creencia general del Medievo, de que tal imperio subsistiera siempre *de iure*. Roma, por atribución divina es ciudad santa, hasta el punto de que Dante no vacila en usar tal nombre como sinónimo de la ciudad celeste o del mismo Paraíso, y, en este sentido, habla de «aquella Roma por la que Cristo es romano».

El imperio, cuyo centro estaba reservado a Roma, era, por consiguiente, algo más que un Estado, era la misma *civilización* humana universalmente concebida. Tan arraigado se encuentra este ideal en la mente de Dante, que le parece secundaria la circunstancia de que el emperador sea de una o de otra nación. Quienquiera represente y ejerza la autoridad imperial en el mundo, es, por esto mismo, romano, prescindiendo de su lugar de nacimiento. Yerran, por ende, cuantos, confundiendo las ideas de antaño con las de hoy, se maravillan de que Dante hubiera podido incitar al emperador alemán Alberto a ejercer su autoridad en Italia, desgarrada por las guerras y por las facciones. ¿Acaso Trajano y Teodosio no habían nacido en España, Septimio Severo en Leptis Magna y Claudio y Caracalla en Lyon, para no citar más ejemplos? ¿Y quién impugnó nunca por tal motivo su derecho y su condición de romanos?

La concepción política dantesca, espléndida dentro de su elevada sencillez, se nos puede antojar un tanto anacrónica e incluso utópica. Se apoyaba, en efecto, en la idea de un poder imperial de Roma presente en la conciencia popular, pero sin realidad efectiva, por cuyo motivo el proyecto de Dante fue estéril, no pasando de un noble sueño. Su intento de promover la paz bajo una sola y legítima autoridad era, más que laudable, sacrosanta. Sin embargo, eran demasiado tenaces y violentas las encontradas pasiones que perturbaban no sólo las relaciones públicas, sino hasta las privadas de cada ciudad, como el mismo Dante tuvo ocasión de experimentar por desgracia. Utópica, no menos, era también su aspiración de que los hombres se aunaran en una comunidad universal y reconocieran a un solo emperador o monarca y más aún utópica su plena confianza en la absoluta supremacía de una sola persona para garantizar por sí misma la justicia para todos.

Si bien nos es factible a nosotros, que calificamos de antiguo el tiempo de Dante y lo podemos juzgar ahora a la luz de ulteriores experiencias, hacer aquellas observaciones y reservas, ello no debe, a pesar de todo, impedirnos reconocer el gran fondo de verdad de aquel pensamiento, válido hoy tal vez más que en su propia época como principio directivo y punto de mira, al cual, de una u otra manera, es preciso encaminarse con todas las energías. Su doctrina, muy nutrida del pensamiento clásico y del cristiano, invita a reflexionar sobre la insuficiencia de la patria. Bien que ligados a la misma por naturales afectos y deberes, nuestra alma pertenece también a otra patria, a aquella «gran ciudad del mundo» (según frase de Vico) que, considerada ya como una exigencia de la razón por la filosofía estoica y concebida después en San Agustín en un sentido trascendente como pura comunión espiritual, refleja, sin duda, la más pura vocación de nuestro ser. Dejemos ahora de lado las varias interpretaciones y disputas doctrinales acerca de este concepto, que en cualquier caso no puede ser abolido sin renegar de la misma naturaleza humana, como ya advertía Cicerón en un célebre pasaje de la *República*. Por otro lado, conciliar los diferentes vínculos que nos ligan a la patria y a la humanidad es un problema bastante arduo en la teoría y en la práctica. Las dificultades, además, que se tercián en el complejo de las vicisitudes humanas son tales que, naturalmente, los espíritus elevados y los corazones nobles no pueden sustraerse a ciertos errores.

Dante amó ardientemente, como es notorio, a Florencia y en vano anheló regresar desde su destierro; asimismo amó a Italia, deplorando su desventura, sus discordias y su servidumbre. Señaló con precisión sus límites naturales: «Los Alpes que cierran la Magna sobre el Tirol» y el golfo adriático del Quarnaro «Pola junto a Carnaro que cierra Italia y sus dominios baña», palabras que están y estarán siempre impresas en nuestros corazones, puesto que corresponden a la misma naturaleza de las cosas, imposible de alterar por ningún tratado ni sentencia.

Por lo demás, Dante demostró con suma agudeza en su obra *De vulgari eloquentia* la unidad de la lengua italiana por encima de los particularismos regionales, sellando esta unidad lingüística con el más espléndido monumento poético del género humano, legando a los italianos —«del bel paese là dove il sì suona»— un documento inmortal del vínculo que los hermana en una sola nación.

Qué puesto correspondiese a Italia en su pensamiento, lo dejó Dante bien claro llamándola «región más excelsa de Europa» y «jardín del Imperio» y declarándola, con Roma, la sede predestinada para el gobierno del mundo.

Por otra parte, en vano se trataría de hallar en las obras de Dante ninguna afirmación o referencia a una Italia formando un solo Estado. La ca-

rencia de un programa político tal como en épocas posteriores fue propugnado por una pléyade gloriosa de pensadores y de mártires, constituye, en opinión de algunos críticos, un grave defecto y hasta casi un delito, como si el eximio poeta hubiese contemplado sólo el pasado olvidando el porvenir. Mas, la verdad sea dicha, Dante columbraba un ideal aún más amplio que el de la unidad política del mundo civil. En aras del mismo ideal apelaba a todos los Estados existentes, a las ciudades y a los principados, a los reinos y a las repúblicas, para que, si bien conservando su propia forma y legítima autonomía, reconocieran la suprema autoridad del emperador, el cual, en el nombre sagrado de Roma, pondría fin a toda contienda y garantizaría a todos la paz. ¿Cabía pedir una tal subordinación y al mismo tiempo amenazar la existencia de aquellos a quienes se dirigía? La respuesta es negativa, evidentemente.

Su gran sueño no pudo ponerse en práctica, como tampoco hubiera podido entonces realizarse, si también lo hubiera concebido, el ideal de un Estado nacional unitario. Hubiera sido desmesurado el contraste entre unos ideales así concebidos y la fuerza, la voluntad y las pasiones realmente predominantes en aquella época.

No obstante, los derroteros de la Historia son infinitos y los acontecimientos «no desprovistos siempre de un divino ordenamiento» (como dijo Dante anticipándose a Vico) rebasan con frecuencia las previsiones de sus mismos autores. El influjo del pensamiento dantesco en la formación de la conciencia nacional italiana a través de los siglos posteriores fue relevante; siempre, incluso en los períodos más denigrantes y turbulentos, la voz de Dante se alzó recordando la unidad natural y espiritual de Italia, cualesquiera fuesen las divisiones políticas contingentes, las cuales, por no hallarse fundadas ni en la naturaleza ni en el espíritu, estaban llamadas a desaparecer.

En lo concerniente a la formación de la unidad política universal interesa consignar que tampoco a los intelectuales del Medievo les pudo parecer indiscutible una premisa tan fundamental y hasta preliminar como el hecho de que la unión auténtica y perpetua de los Estados pueda apoyarse únicamente sobre la libertad interior de cada uno, de modo que en las respectivas constituciones tomaran cuerpo entre ciudadanos aquellos mismos principios jurídicos sobre los cuales habría de regirse la organización internacional. Conservar intactas y convalidar todas las clases de poder y de gobierno, democrático, aristocrático e incluso tiránico, simplemente superponiendo una autoridad conjunta o bien añadiendo alguna función moderadora, significaría cubrir, pero no resolver del todo o en parte los problemas de la convivencia social y dejar insatisfechas algunas de las aspiraciones fundamentales ínsitas en la humana conciencia.

Roma no puede ni quiere ser la capital política del mundo, pero tampoco

podría reconocer a otra ciudad o Estado, por más ilustre y poderoso que fuera, un título y un predominio de tal categoría. Siguiendo el Evangelio, en consonancia con los más altos postulados de la Filosofía, defendemos el vínculo de la fraternidad y de la paz entre todos los hombres, no menos también entre los Estados, y hacemos votos por una forma de autoridad que asegure este vínculo, excluyendo al contrario toda manifestación arbitraria y y toda hegemonía que, de algún modo y proceda de donde proceda, perjudique o amenace la libertad y la justicia.

Tal es el meollo del pensamiento de Dante y tal sigue siendo el camino seguido por cuantos han bebido en aquellas fuentes continuando al compás de los tiempos ese gran apostolado de la paz. «La unidad europea —escribe Giuseppe Mazzini—, tal como ahora puede darse, no reside ya en un pueblo, sino que gobierna y se halla por encima de todos.» «Seamos todos habitantes o miembros de una misma patria, Europa, como asimismo seamos todos componentes de una misma familia, la humanidad.» «La humanidad es la asociación de las patrias, la alianza de las naciones para cumplir con amor y paz su misión en la Tierra: la ordenación de los pueblos como libres e iguales entre sí.» «Una nación es una parte del pensamiento que dirige los movimientos del mundo civil, es uno de los grados de la jerarquía humana; la patria puede compararse a los talleres de la humanidad.»

En consecuencia, ofrecemos nuestra aportación a la gran causa del progreso humano en comunión de espíritu con las demás naciones, sin rencores, ni recriminaciones ni envidias. Por contrario imperio nos permitimos presagiar que, si desgraciadamente prevalecieran el odio y los antagonismos contra los principios sustanciales de la Ética, consagrados por el Cristianismo, el mundo se precipitaría en una ruina aún mayor que la de antaño, la cual Dante había tratado en vano de evitar.

Conocemos la ingente contribución de otros pueblos a la civilización humana y admiramos su mérito. Pedimos modestamente, sin embargo, no se desvirtúe cuanto Roma e Italia han dado al mundo y que no se olvide fue allí donde se echaron los cimientos de la civilización extendida luego a través de Europa. Téngase no menos presente el auge alcanzado por los estudios jurídicos y que allí florecieron de modo tan ejemplar las bellas artes. Asimismo Italia es la cuna de intrépidos navegantes que asociaron su nombre al descubrimiento de América y tampoco puede preterirse cómo modernamente ha sido escenario de algunos de los más asombrosos inventos científicos y técnicos. Y, a mayor abundamiento —*last but not least*—, es también la sede de la Iglesia católica, es decir, universal, que aun en los períodos más espinosos incansablemente difunde y en todo momento predica por doquier el divino mensaje de caridad y de amor.

No en las apetencias particulares, no en devaneos de conquista o de hegemonía, como la misma Historia acredita, sino en la amplitud de espíritu descansa nuestra confianza de que el género humano recobre algún día sus propios cauces dentro de un orden estable y justo: «sedatis fluctibus blandae cupiditatis, genus humanum liberum in pacis tranquillitate quiescat», palabras éstas empleadas por Dante para rematar su obra de la *Monarchia*, poniendo así de relieve el fin esencial de la misma.

Sólo quien medite acerca de este supremo intento será capaz de entender cuanto hay de válido y perenne en la concepción dantesca. Indudablemente, toda obra humana tiene en su aspecto extrínseco y en su propia modalidad algo de contingente y es en cierto sentido, tal como exageradamente se ha dicho de la verdad, *filia temporis*. Todo ello es aplicable a los escritos de Dante. Pero con la particularidad de que en los mismos, como en todas las creaciones de los genios, resplandecen siempre las verdades eternas, es decir, aquellas que trascienden y dominan las vicisitudes temporales, por cuyo motivo mejor podría llamarse a esta verdad eterna madre que no hija del tiempo. Y el postulado de la paz universal, fundado en la unión espiritual preconizada por Dante con tanto celo apostólico, constituye, desde luego, una de las verdades eternas.

GIORGIO DEL VECCHIO

R É S U M É

Dans son traité sur la Monarchie, Dante Alighieri, affirme l'unité de tout le genre humain et en tire la conséquence que le monde devrait être sous un seul gouvernement. C'est à Rome, d'après lui, qu'aurait été dévolue cette mission et l'empereur (au nom romain bien que né ailleurs) exercerait son autorité sur tous les Etats. A cette époque, malgré le déclin de Rome, Dante ne considère pas moins l'empereur romain comme quelque chose d'existant, du moins de jure, comme on le pensait d'habitude au Moyen Age.

Ce dessein resta cependant au stade des rêves utopiques. L'unité même de l'Italie ne put être parachevée alors, et Dante ne la proposa même pas, se bornant à considérer que ce qui importait vraiment était que tous les Etats se soumettent à une seule autorité universelle.

Ce n'est pas que Rome veuille devenir la capitale du monde. Ce que nous proposons est de serrer les liens de fraternité unissant tous les hommes, pour découvrir une forme d'autorité garantissant ces liens d'union fraternelle et évitant tout essai d'hégémonie. Nous partageons donc l'idéal de Dante en ce qu'il a de fondamental et de vrai.

S U M M A R Y

In his work on the Monarchy, Dante Alighieri affirms the unity of the entire human race and supports the theory, in consequence, that there should be one sole government. According to Dante, Rome would have been given this mission by God and the emperor (Roman by name even though born in another land) would have had authority over all the States. At that time Rome's position was somewhat weakened but nevertheless Dante persisted in considering the Roman Empire as something that really existed, or at least "de jure", in accordance with the Medieval way of thinking.

However his purpose remained nothing but a Utopian dream. In fact not even Dante proposed the reunion of Italy under one State for what he considered really necessary was that all the States should recognize one universal authority.

It is not that Rome wants to become the capital of the world. All we want is that, by bringing men closer together, we may discover a form of authority that can guarantee a brotherly union, avoiding all threats of hegemony. So we share Dante's ideal in its fundamental and basic points.

